

Davos y Bombay: parecidas inquietudes, diferentes prioridades

El 21 de enero pasado concluía en Bombay el cuarto Foro Social Mundial (FSM) y se iniciaba en la ciudad suiza de Davos la 34ª edición del Foro Económico Mundial (FEM). El denominador común de ambos foros fue su preocupación por los problemas que desbordan no sólo a los Estados sino también a los continentes, es decir, su interés por lo que ahora se denomina la globalización: los problemas de la paz, el desarrollo, la riqueza o la pobreza a escala mundial. Preocupación, porque, en palabras de Klaus Schwab, fundador del FEM, «el mundo sigue lleno de peligros e incertidumbre».

Los participantes en los cuatro Foros Sociales Mundiales celebrados hasta la fecha han sido designados –y todavía siguen siéndolo– como «los antiglobalización». Pero ellos mismos se autodenominan «altermundialistas» u «otromundistas», ya que lo que los caracteriza es su convicción de que «otro mundo es posible». La globalización misma, dados los actuales medios de transporte y comunicación, parece

inevitable. No tendría sentido, por tanto, intentar frenar esa marea declarándose «antiglobalizador». Pero como toda conquista humana, la globalización no va a producir unos efectos automáticamente buenos. Será algo ambiguo. Puede darse una buena o una mala globalización. Más exactamente: una globalización mejor o peor. Éste es, sin duda, el fondo común de las inquietudes y de la búsqueda de ambos foros. Sin embargo, el punto de vista de cada uno es muy distinto, como lo ponen de manifiesto las personas que en ellos participan: en el Económico toman parte los políticos de los principales Estados y los grandes empresarios, los que tienen en su mano las grandes decisiones; en el Social, los movimientos populares, las ONG, los que pretenden representar a quienes ya están experimentando los efectos de las decisiones de los primeros, la base en una palabra. Inevitablemente, el diagnóstico que cada foro haga de la actual globalización habrá de ser diferente.

Bombay

Después de celebrar tres encuentros seguidos en la brasileña ciudad de Porto Alegre, el FSM se ha trasladado este año a Asia (donde vive más de la mitad de la población mundial), en un esfuerzo por no quedar encerrado en la mentalidad occidental y abrirse, con espíritu globalizador, al gran continente asiático (de hecho, casi el 80% de los más de 100.000 participantes fueron asiáticos). La dictadura política que todavía dirige China habría considerado de alto riesgo la presencia en su territorio de este foro. Por ello, la opción por la India, «la mayor democracia del mundo», un país al mismo tiempo moderno y ultratradicional, era obligada. Víctima, en su agricultura, de la globalización, al mismo tiempo se aprovecha de ella en sus sectores de punta, como son la subcontrata de servicios y la informática, terreno este último en el que ha llegado a ser uno de los líderes mundiales.

Dentro de la India, se evitó Calcuta, gobernada por el Partido Comunista, así como otras dos ciudades importantes en manos de políticos hindúes fundamentalistas, y se optó por la cosmopolita Bombay, dirigida por el más aperturista Partido del Congreso. Corazón

económico del subcontinente indio y primera productora mundial de cine, Bombay no ahorró por ello a los congresistas el acoso continuo de los mendigos, el terrible espectáculo de la miseria y del sufrimiento de *adivasis* (aborígenes) y *dálits* (intocables o descastados), lacras sociales que perduran en contra de las leyes, pero a favor de los prejuicios y el fundamentalismo religioso. En Bombay, el FSM se puso por primera vez en contacto con capas de población de las más pobres del planeta (las de Brasil eran más bien de clase media): la entrada al recinto costaba 10 céntimos de euro, no pocos participantes eran incapaces de pagar 2 euros por el transistor FM que transmitía la traducción de ciertos debates en hindi (lengua que, por cierto, los indios del sur no entendían). De todas maneras, los responsables del Foro, para no caer bajo la acusación de elitismo, rechazaban que hubiera que limitar la participación: en opinión de B. Cassen, presidente honorífico de ATTAC, el movimiento que apoya la tasa Tobin para los capitales especulativos, «*el número tiene un efecto movilizador*» que no es posible ignorar.

ONG de toda ideología y origen (pacifistas, religiosas, ecologistas, feministas, sindicalistas, por un Tibet libre, defensoras de prostitutas y niños esclavizados... unas 2.600 en total) animaron más de 3.000 debates, un verdadero «caos creativo», como lo calificó alguno. De ellos, los más concurridos fueron los protagonizados por figuras mundiales del pensamiento y el combate socio-político, como la iraní Shirin Evadí, premio Nobel de la Paz 2003, Joseph E. Stiglitz, premio Nobel de Economía y ex consejero del presidente Clinton, Arundathi Roy, la gran escritora india, o el español Federico Mayor Zaragoza, ex secretario general de la UNESCO. Nelson Mandela, ex presidente de la República Surafricana, se excusó por motivos de salud, pero envió el siguiente mensaje bien significativo: «*Quiero loar los esfuerzos audaces del FSM por la justicia social y por creer que otro mundo, en el que yo también creo profundamente, es posible*». La dispersión de temas, inevitable y querida, fue una de las características principales de este FSM: «*si dejamos que siga siendo un espacio de ideas, sobrevivirá; si intentamos convertirlo en un movimiento organizado, se romperá*», pronosticaba un participante. Ésa sería su debilidad y, a la vez, su riqueza.

Los grandes problemas

A pesar de semejante dispersión, varios temas destacaron claramente en Bombay. El no a la invasión y ocupación de Irak se convirtió en el eje de los debates del tercer día. Gran resonancia alcanzó la denuncia de Ramsey Clark, ex fiscal general de los EE UU y veterano pacifista: «*El mundo entero debe oponerse a Estados Unidos, que controla la ONU y acumula más armas que el resto del planeta*», dijo; y calificó de «*terrorismo de alta tecnología*» la intervención en Irak. Se organizó una masiva manifestación contra la guerra de Irak en Bombay mismo y se llamó a manifestarse por la misma causa en el mundo entero el 20 de marzo, aniversario de la invasión de Irak.

La forma concreta de la actual globalización constituyó el segundo gran caballo de batalla. En opinión de Juan Somavía, de la Organización Internacional del Trabajo, desde que comenzó el actual proceso globalizador, a principios de los noventa, en América Latina hay un 50% más de parados, un 50% más de trabajadores en la economía informal, y el poder adquisitivo de la media del salario mínimo se ha reducido un 25%. Sin duda, la actual globalización no ha sido la única causa de tales efectos, pero tampoco los ha suprimido. En opinión de varios oradores, un momento decisivo en la consolidación de esas injusticias fue el nacimiento, en 1995, de la OMC. Su actual crisis, tras el fracaso de Cancún, constituiría «*una de las pruebas del fracaso de la globalización*». Concretamente, se le reprocha a la OMC que siga permitiendo la existencia de elevados aranceles en los países ricos para frenar la entrada de productos del Sur y las fuertes subvenciones agrarias de EE UU y la UE.

Los participantes en el FSM no eran del todo originales en sus críticas a la OMC porque parecidos diagnósticos se encontraban ya en el informe de las Naciones Unidas, titulado *Política Económica y Pobreza*, hecho público el 8 de diciembre pasado, en el que se achaca principalmente la pobreza mundial a los aranceles comerciales de los países ricos contra los textiles y productos agrarios del Sur, y se sostiene que la globalización no está beneficiando a los países subdesarrollados y que el

proteccionismo de los ricos está poniendo en peligro el objetivo de la ONU, acordado en la «Declaración del Milenio», de reducir a la mitad, para el año 2015, los mil millones de personas que sobreviven con menos de un dólar diario.

Sin embargo, a la hora de pasar a la acción, la cosecha de propuestas de Bombay fue bien escasa: todo se redujo a proponer el boicoteo de las grandes empresas que han conseguido pingües contratos para la posguerra de Irak y a lanzar la convocatoria de manifestaciones para el 20 de marzo.

Encuentros y conversaciones en Davos

Tampoco el FEM funciona sobre la base de un verdadero programa. Para muchos participantes Davos es, sobre todo, una ocasión ideal para entablar contactos, intercambiar impresiones sobre problemas importantes y hacer *marketing* político. Entre políticos, empresarios, intelectuales y periodistas, unas dos mil personas pasaron por la famosa estación invernal.

Se habló –cómo no– de la debilidad del dólar, de la búsqueda de ideas para la reconstrucción de Irak, de revitalizar el comercio mundial, de los escándalos empresariales, de los desequilibrios de la economía norteamericana, de la pobreza, de la burbuja inmobiliaria, del mundo musulmán, de la guerra, del terrorismo, de la seguridad, del *software* libre (pese a que Bill Gates estaba anunciado)... Pero, como en Bombay, los problemas que más preocuparon fueron la guerra y la seguridad: hasta 38 conferencias y debates giraron en torno a la situación de Irak.

Se observó una menor presencia de políticos de peso. Hubo menos europeos. Sobre todo, fue notable el descenso en número y nivel de los representantes de los Gobiernos de América Latina. Los chinos, en cambio, estuvieron en gran número (China se ha convertido en el primer receptor de inversión extranjera, seguida muy de cerca por Francia y, algo más lejos, por Alemania). En opinión de algunos, flotaba

cierto pesimismo en el ambiente (otros hablaron abiertamente de declive del FEM). ¿Influyó en ese pesimismo la encuesta global realizada por Gallup para el FEM de Davos? Entre noviembre y principios de diciembre del año pasado (antes de que en EE UU se elevara el nivel de alerta contra posibles atentados), 43.000 entrevistas realizadas en 51 países y que representaban a 1.100 millones de personas habían detectado un aumento del pesimismo en el mundo. Casi la mitad (48%) de los entrevistados en todo el planeta cree que la nueva generación vivirá en un mundo menos seguro. En Europa occidental, el 56% de los encuestados consideró que su país es menos seguro que hace 10 años, un porcentaje que se eleva hasta el 79% en Suramérica. Los porcentajes relativos a la prosperidad actual comparada con la de hace 10 años arrojaron resultados parecidos. «*Estos descubrimientos muestran un sombrío panorama acerca de cómo la gente común ve el futuro*», resumió José María Figueres, ex presidente de Costa Rica y vicepresidente ejecutivo del FEM.

Guerra y paz

Davos proponía la ecuación *prosperidad más seguridad igual a paz*, que sin duda fue la hipótesis orientadora de la citada encuesta. Una ecuación, hasta cierto punto, evidente por sí misma. Pero que, para ser tomada en serio, exige ser pensada en un contexto global. La prosperidad y la seguridad interesan por igual a todos los habitantes del planeta. Si una proporción importante de la humanidad queda excluida de la prosperidad y la seguridad, la paz será imposible, por muchas guerras preventivas que se monten contra el terrorismo. Pero, además, en el tema de la paz, hay que contar también con los mercaderes de cañones: sin guerras, la industria armamentística no vende. El complejo militar-industrial forma parte igualmente del problema y no se encuentra representado en esa ecuación. Otro tanto habría que decir de la ambición de ciertos políticos y del marcado carácter neocolonialista de algunas potencias. No basta, pues, con declaraciones formales a favor de la prosperidad y la seguridad ni con un esfuerzo unilateral en ambos terrenos.

Kofi Annan, secretario general de la ONU, estuvo en Davos el 23 de enero y advirtió que, si el terrorismo puede «*exacerbar las diferencias culturales, religiosas y étnicas*», la guerra contra el terrorismo «*puede agravar esas tensiones y aumentar las preocupaciones sobre la protección de los derechos humanos y las libertades*»; pasando al tema de la prosperidad, recordó que la ONU «*debe proteger también a millones de personas de las amenazas más familiares de la pobreza*». «*En unos años –recordó también– se ha pasado a una profunda incertidumbre sobre la supervivencia misma de nuestro orden global*». La advertencia era clara, aunque igualmente clara es la pérdida de autoridad de la ONU como consecuencia de la crisis de Irak.

Para tratar el tema de la guerra, EE UU envió a Davos a su primer espada (después del presidente): al vicepresidente Dick Cheney, quien pidió abiertamente una mayor cooperación de los aliados para detener «*la difusión de armas de destrucción masiva*». Causa asombro el aplomo con el que este y otros políticos, no sólo norteamericanos, siguen hablando de esas armas con las que pretendieron justificar la invasión de Irak. Deberían al menos coordinar sus declaraciones, ya que, casi al mismo tiempo, el secretario de Estado C. Powell reconocía que era posible que Irak no hubiese poseído tales armas; y la víspera misma, el día 23, David Kay, inspector jefe nombrado por la CIA para dar con el paradero de las armas de destrucción masiva de Saddam Hussein, dimitía tras afirmar categóricamente que no habían existido tales armas. Por ello, Cheney no sorprendió a nadie cuando recordó en Davos que, pese a la captura de Saddam Hussein, los riesgos para la seguridad global no han cesado: prueba evidente de que las llamadas «*guerras preventivas*» distan mucho de ser el camino hacia la paz y la seguridad. Los efectos de la de Irak se dejan sentir en muchos lugares: las líneas aéreas ven entorpecidos sus vuelos, el turismo mundial experimentó el año pasado la caída más fuerte de su historia, los EE UU se han visto obligados a colocar agentes en veinte puertos de todo el mundo en el marco de la operación *Iniciativa de Defensa de Contenedores*, mientras se extiende, principalmente en Norteamérica, una cierta paranoia, etc.

El vicepresidente norteamericano señaló también a la ONU, en las actuales circunstancias, como un interlocutor indispensable. Pero no

explicó por qué no se consideró necesario contar con ella a la hora de iniciar la guerra. Intervenciones de este estilo son las que, al parecer, están contribuyendo al desprestigio del FEM, un foro excesivamente marcado por el unilateralismo norteamericano. En opinión de Joseph Stiglitz, ex vicepresidente del Banco Mundial y premio Nobel de economía, el FEM no puede aportar soluciones a los dilemas del mundo, puesto que algunos de sus participantes son «ellos mismos parte del problema».

Una globalización democrática

«Pienso que la globalización puede ser una gran oportunidad si está dirigida por instancias internacionales democráticas y enmarcada por reglas de juego justas y equitativas», opina igualmente Joseph Stiglitz. La actual globalización no ha brotado de las simples fuerzas del mercado. La dirigen unas instancias internacionales bien conocidas, cuyo funcionamiento depende de la voluntad de sus accionistas mayoritarios, sobre todo del primero de ellos, los EE UU. Tales instancias son el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico y la Organización Mundial del Comercio (esta última se rige en teoría por el principio «un país, un voto», ¡pero allí nunca se vota!). Fueron estas instancias las que impusieron el durísimo «ajuste estructural» a los países del Sur, con el objetivo principal de que éstos pagaran con creces su deuda a los bancos privados, en lugar de permitir (conforme a los principios del liberalismo económico) que los bancos cargaran con las consecuencias de unos riesgos mal calculados. La actual globalización se lleva a cabo desde arriba, desde este «gobierno oculto del planeta», como se ha llamado a estos cuatro organismos internacionales. Por eso, son muchos los que reclaman «una globalización desde abajo», entre ellos Fernando Fernández Franco, el actual secretario de Justicia Social de la Compañía de Jesús, que estuvo presente en Bombay al frente de un numeroso grupo de personas comprometidas en la lucha contra la miseria y las consecuencias de las guerras.

Nuestro mundo necesita puentes entre quienes manejan los resortes de la globalización y quienes padecen sus peores consecuencias. En este sentido, hay que alabar la iniciativa del foro de Davos al invitar a Pervez Musharraf, presidente de Pakistán, quien recordó que *«las disputas políticas que el mundo está viviendo en los últimos años involucran a musulmanes, y todos los musulmanes pueden ver en sus televisores el tratamiento que reciben sus hermanos de religión»* (en alusión a Palestina y Cachemira). En su opinión, ahí está la raíz del *«profundo sentimiento de injusticia y privación»* que experimenta la mayoría de los 1.300 millones de musulmanes. A lo que se añade, según el político pakistaní, *«la pobreza y las bajas tasas de alfabetización (...) terreno abonado para los extremistas»*.

El año próximo, el FSM volverá de nuevo a su cuna de Porto Alegre. Su siguiente reto será hacerse presente en África, el continente más perjudicado por la actual globalización: obligado a insertarse en ella a marchas forzadas y a improvisar la democratización de unos Estados desprovistos de medios, se encuentra sometido a una recolonización «civil» por parte de las corporaciones multinacionales. Los africanos no se resignan al papel marginal que se les quiere asignar y necesitan el apoyo de los «otromundistas». Con vistas a los próximos encuentros, la experiencia de Bombay debería incitar al FSM a inventar un camino intermedio entre la apertura a todas las miserias del mundo y la eficacia, que exige la formulación de unas propuestas concretas. Está en juego *«la reforma de la globalización»*, para emplear la fórmula de J. Stiglitz. El dogma según el cual no existe alternativa a la situación actual ha causado ya demasiado sufrimiento desde el final de la guerra fría. ■



CADA MINUTO
UNA MUJER
SUFRE
EXPLOTACIÓN
EN ASIA

Manos  Unidas

ONGD CATÓLICA DE VOLUNTARIOS

EL FUTURO DEL MUNDO ES COMPROMISO DE TODOS

manosunidas.org | ☎ 902 40 07 07